

Alone visto en escorzo

LUIS MERINO REYES

Hernán Díaz Arrieta (Alone) vivió 92 años en este valle de lágrimas, un mundo que no amó guiado por su acendrado escepticismo. Afirmamos esto porque hace muchos años una revista hizo una encuesta y entre sus preguntas incluyó: “¿Qué le habría gustado ser?”. Y Alone me dijo: “Sin duda, no ser”. Se ha insistido también en estos días en que Alone era muy modesto, casi humilde de corazón. Nada más erróneo. Era un hombre orgulloso, sin vanidad eso sí, seguro de su valía y podría haber afirmado como Paul Verlaine que se sentía muy bien cuando se comparaba.

Una noche en que salimos a conversar por la vecindad del entonces parque Cousiño, entramos a un bar a beber una cerveza, un bar que frecuentaba también mi antiguo gasfiter o fontanero. Alguien que me conocía se acercó a nosotros y después de hacer recuerdos de una antigua escuela nocturna de la construcción, se permitió pagar nuestro moderado consumo. Alone deseó irse al instante y echó sobre la mesa un billete de cien pesos. Eran tiempos en que una familia podía comer con 50 pesos diarios. Cuando aceptó la invitación que le formularon los exiliados republicanos españoles para ir a Europa a luchar por los presos políticos españoles y portugueses, tuvo ocasión de poner a prueba su sentido de la dignidad y su orgullo. Desde luego, perdió el contacto con la delegación en Brasil, sencillamente porque subió a un avión y se fue a conocer Brasilia, arrobado en la lectura de un libro, tal vez algún tomo de Sainte Beuve. En París no tuvo con quien entenderse y en Madrid cayó preso en el aeropuerto de Barajas. Algo que parece increíble si se considera que en ese mismo instante

llegaba desde Pekín, donde había sido invitado por China comunista, el malogrado poeta y prosista Luis Oyarzún.

Los españoles republicanos residentes en Santiago deseaban que fuera a España, a intervenir por los presos, alguien decididamente anticomunista. Habrían estado felices de que viajara el propio Sergio Fernández Larraín. Estábamos en 1960 y el cable había traído la noticia de que un hermano de José Calvo Sotelo, el político español asesinado el 13 de julio de 1936, precipitando la guerra civil española, había firmado un manifiesto en contra de Franco. Su decisión de ir a España, la adoptó Alone después de una charla peripatética por un sendero entre viñas del fundo de su entrañable amiga doña Dolores Echeverría Carvallo, al interior de San Fernando. Nos seguían los fieros mastines patronales. Un predio con gente de tipo español que podía apreciarse en la misa dominguera a la cual asistíamos con Alone, él con la "Vida de Cristo" de Ernesto Renán, entre las manos y yo sin ningún texto, atraído por la prédica sumaria del sacerdote visitante y la presencia sencilla, pero imponente de la patrona del fundo.

En el campo, Alone no interrumpía su pasión por la lectura. Ella provenía de su infancia, desde un día en que encontró un libro ameno en el hogar de su padre agricultor. La amenidad, el placer de leer, no la obligación, la defendió siempre. Colgaba una hamaca entre dos árboles en una loma y allí se instalaba a leer. Yo me ubicaba sobre una piedra o un tronco de la reducida meseta. El silencio sólo era interrumpido por el canto de los pájaros y el zumbido de los insectos; de la parte baja ascendía el aura de los viñedos tranquilos del fundo manejado por una patrona inteligente y sin espuelas. Los perros señoriales nos observaban, hasta que una vez el más impetuoso, el mismo que le había enterrado los colmillos al cerdo de un inquilino a la subida, no soportó más a ese par de extraterrestres inmóviles y se lanzó a lamernos la cara. El almuerzo y la cena en las casas del fundo eran muy amables y cada plato de loza inglesa constituía una antigüedad. A veces había visitas que no estaban ni muy cerca ni muy lejos de la literatura. Eran tiempos en que un comentario favorable de Alone, significaba el triunfo y el silencio o el vituperio, la caída fatal. En ese sentido, prolongó la repercusión de la crítica literaria de su más ilustre antecesor, el clérigo francés Emilio Vaisse, Omer Emeth, que interesaba con sus comentarios a un público que no era de escritores, muy sensible a los sarcasmos. También Alone se daba el gusto de descubrir autores venidos de la intemperie sin más credencial que su talento. Nicomedes Guzmán, con "Los hombres oscuros"; Ricardo Puelma con "Arenas del Mapocho"; Francisco Coloane con sus primeros tomos de cuentos; Magdalena Vial con su singular novela, son algunos ejemplos. En tiempos de misiones religiosas, eran comensales en la mesa del

fundo algunos sacerdotes. Recuerdo al padre Hernández, español, orador famoso con quien manteníamos cordiales coloquios, pero desde el altar, a la hora de la misión, nos lanzaba anatemas por nuestro libre pensamiento, mostrándonos con su dedo acusador. Después volvíamos al agrado de la mesa de la cena como si nada hubiera sucedido.

El contrapunto de estos fines de semana en el campo donde no todos los amigos eran invitados, lo constituía la reunión vespertina y diaria en casa de doña Lolo Echeverría, situada en la calle Teatinos a pocos metros de Compañía. Se llegaba al departamento mansión, grande como una casa de campo, adentro de un ascensor y allí se atascaron cierta noche los visitantes de turno y sólo pudimos salir estirando nuestros cuerpos como reptiles, dirigidos por Alone. Yo pesaba en esos años más de 90 kilos y el crítico estimó que podía salir de cuerpo entero por el hueco franco, si pasaba mi atribulada cabeza. Y así sucedió. Recuerdo en esos salones señoriales, a la usanza de los antiguos salones franceses, a Fernando Vargas Bello, a Gustavo Peña, a Eduardo Balmaceda Valdés, a Rafael Pacheco, a Eduardo Molina Ventura, a José Santos González Vera, a Manuel Rojas, a José Donoso, a José Manuel Vergara. Este último, había ingresado al convento de los benedictinos, en lo alto de la montaña, después de una temporada bohemia en Europa, pero vio algo en su camino de Damasco que determinó su arrepentimiento. Alone que sentía mucha curiosidad por esta clase de fenómenos, nos invitó con Luis Oyarzún a visitar al penitente. Primero oímos una misa predicada por un gordo sacerdote alemán que había sido oficial del mariscal Rommel en el Africa Corps y disertaba entonces sobre los querubines y los ángeles; pero a pesar de este acto devoto, nos fue difícil ubicar a Vergara. De improviso apareció fray Pedro Subercaseaux muy orgulloso, según decía, de haber subido a un campanil con sus setenta años a cuestas. Alone se aproximó a él y le preguntó por el penitente José Manuel Vergara; pero fray Pedro no sabía nada ni le sonaba ese nombre. Alone insistió diciéndole que él era Hernán Díaz Arrieta y el fraile le respondió que tampoco había en el convento nadie con esos apellidos. Era el caso de un ser descarnado a punto de subir a los cielos. En nuestra próxima visita, estuvimos al borde de su tumba: un prado rectangular que tenía por señal dos ramas atadas en cruz.

Entre las damas asistentes a la tertulia de doña Lolo Echeverría no podía faltar doña Carolina Guzmán de Vergara, a quien Alone donó el monto del Premio Nacional de Literatura, hasta esa fecha, 1959, de 300 mil pesos, para las obras sociales de San Vicente de Paul; Marta Brunet con su habla de criatura crecida y miojar, una fabuladora natural prodigiosa, que sabía tratar a Hernán Díaz y, en general, a todos los varones, como niños. El

ambiente era señorial, de gran amplitud y tolerancia, como el viejo catolicismo chileno anterior al Papa Juan xxiii. Don Carlos Larraín de Castro, historiador y genealogista era un animador inolvidable. Su humor y su desenfado los perdía al escribir sus crónicas en las que aparece meticoloso y reverente. Había sido miembro de la Legión Extranjera y diseñador de jardines; pero ¡ay! de quien le servía de modelo a sus semblanzas orales. Cierta vez afirmó: "Todos los que llevan ese apellido —aquí un nombre de prócer nacional— son muy colorados y ello se debe a que son sifilíticos". Nadie dijo nada, por cierto. Pero cuando decidió irse, Eduardo Balmaceda advirtió: "Yo estoy algo colorado porque he bebido unos tragos de whisky. Digo esto porque me voy a ir y Carlos puede decir que soy sifilítico".

Un mundo desenfadado y culto ya no existe.

Nuestro viaje a Cuba en abril de 1961, diez días después de la invasión de Playa Girón y las luchas políticas que se precipitaron en seguida, llevaron a los escritores y artistas a tomar partido y nos apartaron temporalmente de Alone, pero la amistad nunca se rompió en definitiva, ni siquiera por algunos malos entendidos y chismes llevados y traídos por los prácticos del oficio. Su devoción literaria que le permitió ser amigo de Neruda y testigo, desde afuera, de una conversación a puerta cerrada entre éste y Gabriela Mistral, en Italia, es un ejemplo que no se olvida fácilmente. No tuvo mujer ni hijos, pero fue generoso con sus deudos más íntimos que supieron entenderlo y acompañarlo y hasta formó un grupo de inquilinos habitantes de la vecindad de su casa, que deben de haberlo llorado como padre. La lectura fue su alimento hasta pocos años antes de morir; pero al último, hasta ese interés había decaído y sólo se distraía oyendo música. Cuando supe la noticia, le envié a su domicilio una novela de Armando Palacio Valdés, un costumbrista asturiano ingenuo, ameno, que vivió entre 1853 y 1938, autor, entre otras novelas muy conocidas, de "La espuma", un retrato de la aristocracia española. Nos respondió con esta misiva traída por su sobrina doña Elena Huerta de Montes: "Mi querido amigo, no se podrá decir que "La hermana de San Sulpicio" es una gran novela; pero ¡qué entretenida! Durante dos días me sacó de la realidad, me suspendió literalmente y, a ratos, lo olvidaba todo. Gracias a Ud. he tenido esa última felicidad del soñar despierto. ¿Ud. tiene "La espuma" del mismo autor? Es la única cuyo título recuerdo. Creo que era inferior; pero ¿podría prestármela? Quise darle las gracias en una tarjeta manuscrita y me fue imposible, mejor dicho me dio (falta una palabra) enviarle las letritas chuecas que me resultaron. El organismo humano es un todo solidario: me golpeo la pierna y se me echa a perder la mano... Me gustaría mucho verlo. Su viejo amigo Alone. 11 de septiembre de 1980, a las cuatro de la tarde, a las cuatro en

punto de la tarde "todavía". Vale. Y agrega una tarjeta manuscrita donde comienza a pergeñar el mismo juicio.

Si todo el tiempo que dedicó Alone a comentar libros ajenos, en forma hasta voluptuosa, lo hubiera destinado a perfilar siluetas humanas, de gente original, nos habría dejado valiosos testimonios con observaciones penetrantes y certeras; pero era un ser retraído y tímido, hermano menor de enérgicos hermanos mayores. Le oímos retratos directos de don Luis Arrieta, de Juan Bosch, escritor dominicano que llegó a ser Presidente de su país; de Gabriel González Videla, de Gabriela Mistral, de Carlos Luis Hübner, su jefe en el Registro Civil, de Claudio Matte, de Valentín Brandau, de Emilio Vaisse que pertenecen a la crónica perdida, insustituible.

En una de mis últimas visitas a la casa de la calle Beaucheff, me contó Alone que había retornado a sus antiguas creencias (no olvidemos que se educó en el Seminario Conciliar de Santiago) y que cuando supo esta noticia un amigo suyo, personaje nacional muy conocido, se arrodilló junto a él y lloró. Por lo demás, mucho antes de ocurrir esta conversión nos informó que un grupo de religiosas rezaba por su salud y le mantenía sano, a pesar de su úlcera gástrica. Esta dolencia le preocupó su vida entera, al menos durante los 40 años en que compartimos una amistad orientada por la pasión literaria con todos sus avatares. Alone intentó el seudónimo Pedro Selva para criticar nuestro "Romancero de Balmaceda", publicado en 1945 y que presentaba al Mandatario suicida como héroe popular. Alone en lo político, era un conservador tradicionalista, anterior a la revolución de 1891, enemigo del crecimiento económico y social del Estado y del apoyo a las masas paupérrimas en cuya liberación no creía. La crónica de Pedro Selva (antónimo de Pedro Prado) fue entregada al novelista Luis Durand, director de "Atenea" y amigo del crítico a pesar de su criollismo, quien guardó a medias el secreto del seudónimo, algo en verdad difícil porque nosotros trabajábamos en la redacción de la revista y era su propio director quien nos ocultaba la sorpresita. Sin embargo, el mismo Alone insinuó para el Premio Municipal de 1954 nuestro tomo "Murcila y otros cuentos" y en 1955 propuso la novela inédita "Regazo amargo" al Premio Zig-Zag. Asimismo, renunció dignamente cuando el rector de la Universidad de Concepción, don Enrique Molina Garmendia, dejó sin efecto con el respaldo del Consejo Universitario, la proposición del Premio "Atenea" para nuestro tomo de cuentos "El chiquillo blanco", cuya crudeza o moralismo bárbaro scandalizó al catedrático. Le acompañó en esta actitud el notable poeta venezolano Félix Armando Núñez. En esos años escribíamos en "Las Últimas Noticias" y su director Byron Gigoux James, pintor y escritor, "viva moneda que nunca se volverá a repetir" en el diarismo chileno, nos instó a que nos defendiéramos

y como es obvio, la polémica agotó la edición del libro. El rector Molina resolvió el dilema muy hábilmente otorgando el Premio "Atenea" a Eduardo Barrios, Premio Nacional de Literatura, por su novela "Gran señor y rajadiablos", bien editada en primera edición por Nascimento. "El chiquillo blanco" había sido impreso como aprendizaje por los alumnos de la Escuela Nacional de Artes Gráficas, gracias a la bondad de su director, Héctor Gómez Matus.

Visto de cerca, Alone se imponía por su independencia estética, por su devoción cultural y por la honradez con que rectificaba sus propias reservas. Así le sucedió con "Las palmeras salvajes", novela de William Faulkner que no lograba leer, "que daba bote en ella", según nos confesó en una carta; pero al adentrarse en el genio del autor, se convirtió en su partidario, capaz de leer y exaltar otra novela tan compleja como "Absalón, Absalón". Todo esto no impidió que silenciara y menospreciara a gente de valía, no sólo a escritores cursis como se ha escrito con frivolidad. Mas ni las divergencias religiosas ni políticas ni las censuras que recibimos de su parte en tan largo tiempo, debilitaron nuestra amistad ni la gratitud por habernos sacado momentáneamente de la mayoría.

Nuestras últimas visitas, previamente concertadas, fueron muy medidas, no más de treinta minutos, para no fatigarlo, hasta que se nos informó que no recibía a nadie más, pero su muerte, sucedida el 24 de enero de 1984, ha inmovilizado cierto compás de nuestra vida literaria, tal vez porque viendo morir a tanta gente más joven, le imaginábamos un nonagenario inmortal protegido en su antigua mansión.

Podrá advertirse que en estos recuerdos en torno de una personalidad esencialmente literaria, hemos tratado de asociar tan sólo o en lo posible observaciones directas. Después de finalizado el trabajo, advertimos que hay zonas valiosas que se nos escapan, pero eso era inevitable. No es fácil coger una flauta y tocar una melodía como decía el genio de Avon; además no es indispensable decirlo todo para lograr el perfil de un ser humano a quien desde la fecha de su muerte sólo medimos por el recuerdo y por su obra escrita. Bastan, como es obvio, algunos rasgos.

Sin embargo, después de fallecido Alone hemos releído el tomo "Alone, pretérito imperfecto" (Memorias), publicado en 1976 por la Editorial Nascimento cuando el crítico tenía 84 años de edad y estaba, como poco antes de morir, totalmente lúcido. La lectura de ese tomo tuvo la virtud de resucitar en parte a Alone con sus cualidades primordiales y algunos de sus constantes prejuicios y defectos, en especial en lo que atañe a su sentido social, medieval como él mismo decía con frecuencia. No obstante, se aprecia con nitidez en esa selección de crónicas debida al poeta y profesor

Alfonso Calderón que Hernán Díaz Arrieta dispuso de una ventana para mirar el mundo y que esa posibilidad fue solamente la literatura. El comentario de libros significó en verdad un pretexto. Pero hay todavía algo más importante. Comprendió que la sola lectura, la vista fija en una página llena de signos como patas de mosca, no bastaba, que era necesario vivir y viajar. De muchacho fue uno de los primeros voluntarios para volar de pasajero que hubo en Chile, después hizo excursiones con otro alpinista lector, Carlos Silva Vildósola y por último, a los 62 años, se lanzó por sus medios, con sus heroicas economías, a Europa, donde gozó y sufrió lo que puede suponerse en una naturaleza introvertida y tímida.

Recomendamos este tomo "Alone, pretérito imperfecto" para quien desee conocer al crítico más en profundidad, incluso en aspectos inconfesables y quiera también disfrutar de algunas de sus páginas antológicas.